

# Dámaso

Carolina Sanín Paz

Escritora, [carolinasaninp@gmail.com](mailto:carolinasaninp@gmail.com)

I.

Las horas son el lado largo de las cosas.

Vamos por lo largo de las horas.

Para deshacer el engaño me puse a recorrer el día.

No hay nada posible que esté fuera de un día.

Dije: «Cuando alcance el principio de la noche, no huiré de donde estoy».

Dije: «¿Qué encierra esa puerta?».

En la nueva noche, en la diana, veré lo que no ha estado y me he hecho creer.

Tomaré flecha y aguja.

El día no es la vía por la que voy, sino la que me lleva. Llegará conmigo a donde vaya, donde sé que va, donde lo surten.

La noche es el día por dentro.

«Espera el día supremo», dicen. «En el día supremo lanzas la mirada y te conoces de perfil, y luego notas que te miras, y enseguida, nada».

También lo llaman «el día sorprendente» y «la residencia de la fe».

Es tu doble.

Me dije, para que la salida comenzara: «Entra en la mañana. En la manera como pasa. Entra a través del arco que la enmarca y del arco con que te dispara. La libertad está en el cambio de la luz».

Sé que mi tiempo está vacío en el momento en que no quiero creerlo.

Este camino, esta costura hacia después y hacia el ocaso, es occidente. Lleva a «lo que es demasiado tarde» y a «aquello de lo que queda poco».

Es el modo de agotarse y el modo de poder.

Voy hacia la raya del Sol antes del fin: esa luz abajo, luz tendida, grano, atardecer, perder, nocheamiento.

Allá sabré cómo me metí.

Me siento mentir intensamente.

II.

Comienzo, cuento:

He inventado a un hombre en la mirada de un desconocido y he sentido ganas de enfermarme. Tengo mi edad. Me llamo así. Es martes.

¿Qué nombre darle a la calle del fraude, opuesta al subir de la mañana aunque no sea su paralela, ni su contravía, ni el año, ni el sueño, ni el globo, ni el sentido, ni la noche, ni el ahogo?

Entré por la calle del corral.

El hombre del hombre: lo creí sin tener con qué creerlo.

En mí, él está forzado por mi adivinanza. Afuera, repite que me quiere sin quererme, se levanta tarde, tiene buena suerte y agradece lo que llama «mi abundancia», que es mi enamoramiento, o sea, él mismo.

Al escribirlo voy perdiendo la intuición que habría podido tener sobre el caso, la trama que podría concebir y, nuevamente, la verdad.

Un texto es el rito de sacrificio de una idea.

Está en mi hombro derecho, que me duele tanto.

Pienso que pronto no podré levantar el brazo. Quiero levantarlo para saludar, desde la orilla, un barco que deja la mañana.

¿El día llega a su fin tarde?

Donde termina soy capaz de desmentirme.

Un hechizo es la imposición de un deseo que no ha nacido en el tiempo diurno ni el nocturno. Hechizarse es enviarse a conseguir lo que ni se concibe ni se cree.

En mí me han hechizado las tres hermanas raras y la señora Macbeth: «Es ese. Tú eres su llegada. Mira qué bonito. ¿Quieres sentirte como en la tarde fresca? Triunfar es que él te abrace. Ponle nombre y llámalo para que seas feliz y sé feliz y llámalo».

Ahora invoco el sueño para deshechizarme.

Prepararé, dormida, una receta con la que me reclamen. Uniré partes que hayan sido separadas de cuerpos improbables. Haré con la cosecha un cuerpo feo. Acudirá la fealdad en mi favor.

Antes de darme al sueño que une, debo vivir el día y recolectar en él las partes. Y a esta hora, con tanta luz, no es fácil ver en partes.

Nació catorce o dieciocho años después de mí, en el barrio donde vivo desde el mes pasado; en el mismo hospital nacimos ambos, donde nacen los bebés que deberán ser ricos en este país de pobres que se asoma a cada mundo por el lado de los basureros y que aspira a soñar con que alguien dice: «Parece la realidad de todos».



Podría ser un hermano mío tardío. Mi madre habría podido parirlo más o menos a la edad que tengo ahora, y él, mi amante, habría sido como Juan el Bautista, solo que no es mi amante, y yo no soy su madre.

Soy Salomé, y este día va a ser la cabeza servida.

Un hombre en él quisiera querer a una mujer. Llegar a una mujer. Llegar a ser una mujer.

No nos conocimos. Nos buscamos. «Estoy siguiendo tus pasos», dijo.

Puse, como una espada entre los dos y como miel entre los dos, el otro camino: mi vicio de salirme del destino, de soltarme. Una serpiente. Me acosté sobre la hierba de la soberbia. Me tendí a embellecer la belleza. En mi ministerio puse a mi enemigo.

«Que sea más mío, más, más, más mío. Que sea más alto. Veámoslo más».

Tal vez aborté a mi único hijo —o a mi hija— en el mismo año en que él nació, y ese es nuestro vínculo: esa mirada sin sol. Tal vez.

He hecho brevemente los papeles de su madre adoptiva, su profesora, su patrocinadora, su clienta y un viejo dulcemente cagado, enamorado de él.

Dios de la bandera de las faldas en la brisa, de las cuatro de la tarde, de las mesas de madera: permite que yo no vuelva a creer que lo que tengo no es nada.

Que pueda darles el consuelo de varios cielos a las figuras que mi cuerpo hace en el tiempo.

Dios de la pantera: que haya inspiración contra la influencia.

Que no vuelva a apegarme a lo apagado, dios de las parteras.

Le gusta que lo vea desnudarse, tocarse y alargarse. Se mira las rodillas. Se mira la mano. Dice que baila muy bien y que yo seguramente no. Me pregunta si me gusta ver cómo se acaricia. Después de haberme mostrado, él mismo responde que me gusta ver cómo se sacia.

Se paró delante de mi repisa y vio una foto de mi hermano muerto cuando tenía la edad que él tiene ahora —era hosco, oscuro y bello—. Levantó el dedo índice para señalar y preguntar que quién lo había matado, y acercó el dedo hasta rozar con la yema, desconcertante y seductora, el centro de los labios de la imagen.

Le pedí que me diera un beso. Dijo que se olvidaba de dar besos. «Toma». Se agachó y acercó la boca, apretada como el culo.

Teme que algo vaya a entrar en él.

No perdió un centavo, ni un gramo, ni un milímetro.

No se retrasó, pero no va a llegar.

Y aquí pongo mi nombre, escrito a mano.

### III.

Quiero la comunicación sin conocimiento. La aparición. La consideración que es encarnación. El terror en la cara y la desaparición que no tiene lugar. En el orgasmo.

Él finge derramarse en mí. Gime y me seca. Se ahorra bien a toda hora.

Uno se toma de la mano: una palma con los dedos de la otra, a la espalda, y así, detrás de uno mismo, va.

Hay que seguirse, pues el día tiene un solo camino.

Una sola cosa crece de la mujer que es uno: su sombra a medida que la luz avanza y a medida que se cierne el tiempo.

Debes encontrar en qué país estás sentada bajo un árbol de ramas horizontales como rieles que van a los países anteriores y siguientes, mientras también estás aquí cayendo, en esta esquina, creyendo que deseas a un hombre que nunca ha tenido una amiga.

Sus gracias sin virtudes.

Quiero que me rechace la belleza, y luego quiero ser explotada por ella. Que la belleza comercie con mi alma.

Ferozmente me hago el mal. Me cobro con intereses laberínticos.

Yo tendré la queja. Él, la historia de haber recogido manzanas en mi casa.

Dice que soy demasiado vieja para él, pero que quiere tener mi vida a la vista: mi salida.

Me pregunto si es más tonto que siniestro, y caigo en el instante de terror: no podré saberlo ni después del cometa, ni en las entrañas de un crimen, ni al cabo de ochenta vidas, y tonto y siniestro son lo mismo, y no tengo que hablar de nadie, sino lavarme con arena.

Descubriré a su madre en la entrada de un cine. La reconoceré enseguida. Nos miraremos, y ella me dirá: «Sabías que no».

Mi amor esquivo, escaso, simulado, encerrado.

Vamos juntos a beber del pecho de tu madre.

Me ha contado que cuando se hizo amigo de su amigo, en la adolescencia, «Él no se encontraba y se encontró en mí». No ha leído ninguno de los libros que he escrito, pero proclama que me admira. Le gusta cuando mi nombre casi puede oírse en el viento. Le gusta su tono con mi voz, y a mí me gusta la imagen que componemos: este joven sinuoso enchispando la rabia de las señoras que me odian y encauzando la tristeza de los señores que me odian.

Pido que se forme un orden que me convenza de sentarme en el año que me arruina y de dejarlo a él donde surge, en mi niñez sin perdonar.

Vamos, amor, a bebernos a mi madre.

Me levanto antes del Sol. Escribo que madrugo para no perderme el nacimiento del día que ve a mi amado vivir, pero leo que si uno se levanta muy temprano, antes de que la luz aparezca, tiene la ocasión de ver brillar, en todo su fulgor muerto, la deshonestidad de su corazón.

Quiero ver mi engaño como una moneda, pagar e irme.

Tal vez anoche me dormí llorando.

Si estuviera en el campo, oiría cantar un gallo.

¿Las gallinas se despiertan temprano, como los gallos? ¿Y se ponen enseguida a incubar, si han puesto un huevo?

Cuento las cosas que he incubado: la palabra. Otro libro. Uno más. Una miseria. Una amistad.

¿Amor puede acumularse, sumar amor a amor, sumar calor, y que le salgan plumas y ojos? Si quiero más a alguien que cuanto lo quería antes, ¿eso significa que al cariño le han salido partes, patas o riñones, definiciones?

Qué joven es. No tanto como cree. A su edad, yo ya quería no regresar.

No estoy con él: no estoy de su parte.

Me manda una foto de su verga empuñada. Al verla, se me ocurre que el borde del glande contempla la base de la uña del pulgar. Son dos penes, uno mayor y otro menor, hermanos. Sus manos me recuerdan algo que tengo que recordar y temo. Muy redondas, muy cuadradas. Parecen apoyadas en la cintura. Parecen el verbo «apostar». Deben de ser las manos de su padre.

Ahora va conmigo en la boca. Va mascándome. Por los caminos canta que me quiere y también que no me quiso y yo lo quise, para que lo quieran más los hombres que quieren prenderme fuego y los que dicen que quieren calentarse en mí, que son los mismos.

La esterilidad de este amor, su pureza de saliva, me exhibe muerta entre sus manos feas.

Tengo el monte enfrente.

A sus ojos se les sube su sonrisa.

Esa mirada hermosa tendría que ser verdad.

Llegué a pensar que era más linda que yo y que se me echaba en cara.

Me dijo una niña en mí —un cuerpo, una niña extraordinaria, un cuerpo pequeño—: «¿Por qué lamentas tanto hacerme el bien?».

Completamente desnudo no parecía desnudo.

Él es mi envidia: hace un rato, en este mismo cuarto en otro cuarto, era yo la adorada. Yo era la joven. Sobre mí se inclinaba un hombre maduro como ahora me inclino sobre este potro.

Mi pelo se derrama. Mi cabeza.

Me envidio.

Se fortalece. De él sale un hombre para mí, que enseguida se guarda nuevamente.

Estoy solamente sin él, comprimida, desdoblada, santa, hundida, doble, pasada, descrita.

Quizás pensó, por mi cuchillo, que yo era un varón. Me ha sucedido antes: uno de los hombres que hay en un hombre cree que soy otro hombre porque me planto y me endurezco, y entonces puede por un día quererme como a un igual, pero luego se da cuenta de que, después de todo, con todo y la firmeza perseguida, soy una mujer.

Ve la extensión profunda de la noche, y huele mi perfume y huele su desprecio.

¿Me ha pasado siempre?

Cuántas coartadas, cuánto llanto, cuánto filo para un cuchillo sin falta.

Se excita conmigo, pero yo sé que la excitación no es lo mismo que el deseo.

Digo que lo quiero, pero el eternecimiento no es lo mismo que la entrega.

Le pregunto si sabe quién es Ganimedes. Le digo que esa vez Zeus se transformó en águila.

Es bello y no quiero que lllore.

Sí quiero que lllore.

IV.

Emprendo el día vigilando, protegida por la luz, encubierta por las cosas que ansían ser vistas, disimulada entre ellas, aspirando a ser oscuramente vista, con mi vela apagada, penumbra de impaciencia y penumbra propia, desamada, preguntada pocamente, sabiendo o no sabiendo que el camino del día no es una decisión, sino la sombra que hace uno en el surco.

Pero eso ya lo había dicho.

«Déjame dejar de repetir. Señálame lo que sí pertenece a mi conjunto; lo que cae entre mis estrellas, que no se ven de día. Sigue contándome cómo iba a ser yo, cómo habría sido».

A pesar de todo, cada día soy más libre.

A pesar de ser libre, este pesar.

El impulso de escribir tampoco se llama «deseo».

No hago esta canción porque quiera, sino porque el tiempo pasa.

V.

Me despierto antes de que suba el Sol.

Me dicen: «Antes del Sol anda uno. Luego, con el Sol, uno no está solo. Anda un, dos, un, dos». Estoy medio dormida, con el pelo enredado como amanecen las crines de las yeguas por el juego de las brujas, y la trenza y el ensueño me distraen de estar rota.

En lugar de repararme, me reparto.

Me hace falta.

Me late.

No doy un peso por él.

¿Y si el Sol es lo que miente, y la niebla de mi idea de amor es lo no nacido, lo inmortal?

Te estoy hablando, dios de la granada. Dioses de las hembras que se tensan hasta volverse raya y, pasada la raya, su propio camino recto. Si no me dejas ver la justicia, hazme comprender la integridad.

Otra noche, en lo oscuro del campo, un cachorro de zorra se asomó a mi ventana. Miró fijamente hacia adentro, y supe que la luz lo anonadaba. Descubrió entonces otro tiempo, un día en la noche, el día del enamoramiento, de la adulteración. La electricidad: la mentira. La casa visible sustraída al tiempo verdadero.

A mediodía, el corazón ya sabe dominar.

Bogotá la horrible es dorada en enero, y vacía, como una corona, pero escasa.

Imagino que en mi caminata he tocado el norte y la montaña. Hacia la salida, donde el bosque ya ralea, me pongo a contar de uno a mil. Me propongo sentir la materia de cada número que repito mentalmente —su espíritu, su clima—. Los números no están prometiéndome el futuro, sino cumpliéndose en presente, y uno tras otro, solapándose, no son cantidad, sino infinito. En el 11 ensayo un modo de vida diferente del 895. Camino cada vez más lento, pues uno se demora más en el 791 que en el 22; pues tarda más en dictarse y en ponerse, por ejemplo, «cuatrocientos cuarenta y cuatro», debajo de la lengua o en el ceño, que «veinticuatro».

Exploro estas estancias —la colmena— mientras mi amor cuenta plata.

Entre los números de uno a mil, aparecen su edad y la mía: veintinueve y cuarenta y cuatro. Treinta y dos y cuarenta y nueve. Veinticuatro y cuarenta y dos. Cuarenta y tres y sesenta.

Cuando llegue a mil y me haya orientado en la cámara salvaje de cada cifra, podré dejarlo. Contar es cortar el hechizo.

En el campo, cerca de la casa donde el zorrillo descubrió la luz humana, hay una quebrada. Corre y rapidece.

Salgo del bosque, y es como si saliera de la nube.

Ahora estoy pasando por una estación de gasolina.

Ya es la tarde. Es de bajada.

VI.

Serían las tres si el mundo no estuviera muerto.

Yo vi que el fondo del mar es moledura de huesos, sin mariposas que sean serpientes.

Ya voy lejos de mi casa, por entre ruidos como mi casa.

Paso bajo el Sol, para que me escandalice y su piedad me ordene ver que no he querido.

Amo a un muchacho que es todo nuevo y tenuemente fiero, y no lo amé.

En plena luz todo se ve viejo. Uno acepta que deseo y guerra son despliegues del cansancio.

Esta es la tarde. Es más joven y más rica que los dos.

Estoy llena: no como un cofre, sino como un tambor, y viene un ritmo que no es «con, sin, con, sin, sin, con, sin, sin, con».

Una mujer es una hembra humana. No es un gusto. Soy yo.

Sus ojos se parecen a la margarita y no a los míos, que son cabezas de pájaros que se buscan ciegos con el pico.

A la margarita y no a los míos, que son de acero que corre.

No somos hermanos y no somos iguales.

Decoro mi corazón blanco.

Que llegue la invasión del amor, y celebremos que no tendré en mi cama a otro igual de bello que él, sino al más bello.

En la puerta hay una figura. O, como se dice en el abanico de un libro, «Se recortaba una figura en el umbral».

Me emociona imaginar que en el futuro habrá una mujer con mi exacto dolor, y me atrevo a imaginar a las que están en el pasado con mi dolor original.

Puedo ponerme a sentir lo que siento.

Todo el mundo muere de amor. Es impresionante. Nosotros, nosotras, todos, juntas. No existe otra causa de muerte. Cualquier otra causa es mentira.

## VII.

He llevado mi falsedad encima, durante el día, como el manto de la invisibilidad, para que no me roben lo que no tengo, sin saber de qué color es, hasta saberlo en la lengua.

Uno puede ver el futuro, si ensaya y se esfuerza. Si llega a tanto poder de tanto pensar bien. Si se disciplina y se centra y se dispersa como debe, llega a ver el futuro. Llega, si sabe lo suficiente.

Pero el interior de otra cabeza no lo verá jamás, jamás.

Un día descubrirás el aspecto que tienes en la celda de otra alma. Vista desde afuera, tu interpretación incompleta, tu deforme dibujo en las ondas, tampoco será la verdad, pero sí la libertad.

La mentira es la respuesta a la pregunta del rey Lear: «¿Cuánto me quieres?».

Es cualquier respuesta a la pregunta «¿Cuánto?».

Me aliviaré si llueve.

No olvides que los hombres por quienes has llorado han llorado por ti, ni que en todo lugar hay un hombre que te pone en una balanza contra la mitad de su amor.

Algo puede ser a la vez farsa y necesidad.

La juventud se cree sincera, aunque se obligue a traducirlo todo y lo traduzca mal.

La juventud quiere ser joven, estar empezando y seguir delante de la puerta.

¿Qué sigue siendo, en mí, mi juventud?

A mi edad uno no guarda cartas para encontrarlas luego.

En mi casa hay frutos. Tal vez hojas. Una sola flor.

Al deshojar la flor, no digo: «Me quiere mucho, poquito, nada», sino «Como no me quieres, que me quiera el mundo». No deshojo, sino que desgrano.

Dios de la granada, dios del arte de transformar una margarita en un girasol, dios del desgarro y de la horma: dime con qué responderte.

Algunas personas son trampas.

En otra vida fui su abuelo. En esta vida estoy siendo su abuelo.

Hay dos bellotas en mi mesa de madera: una verde, que ha caído prematuramente, y una dorada, lista para ser semilla y empezar. La verde es la que perecerá.

Fui su esposo. Me escondió un secreto incluso en la agonía. El secreto era su piel. Su piel se atravesaba. Soy oscura y tengo un vestido amarillo. Él es mi padre. Mi madre ha muerto de parto. No conocemos a nadie más. Me duele la cadera, no el hombro.

Esta hora diurna junto al río fue, en otra hora, noche gris de las palomas, con luna, noche láctea y linterna, y más tarde, casi en la mañana, noche de golondrina azul, y en otra temporada, abrumadora de diosas, fue la noche del cuervo, y luego, entrada en el sueño, noche del pavorreal, y separada del sueño, con el vuelo emprendido, nocturnidad del colibrí.

Cuando tú leas este día, yo me habré alejado del hombre de ojos de siempre de margaritas de brasas.

## VIII.

Es verdad que lo he visto esperar sentado junto a uno que sí viene conmigo.

Si yo fuera un cantante italiano, él me amaría. Si yo fuera mejor futbolista, él me amaría. Si yo no lo hubiera amado, él me amaría. Si yo en verdad lo hubiera amado, él me amaría. Si yo supiera confiar, él me amaría. Si yo no amara tanto la venganza, él me amaría. Si yo hubiera sido él mismo, él me amaría. Si yo hubiera querido conocerlo, lo habría definitivamente amado.

El futuro tiene aire, y puedo respirarlo en este día en que cada día canto peor. 🗨️